

libro al viento



UNA CAMPAÑA
DEL INSTITUTO
DISTRITAL
DE CULTURA
Y TURISMO



ALCALDÍA MAYOR
DE BOGOTÁ D. C.
Instituto Distrital
CULTURA Y TURISMO
Secretaría
EDUCACIÓN

Bogotá sin indiferencia

Hans Chistian Andersen Jakob y Wilhelm Grimm
Charles Perrault Oscar Wilde

C U E N T O S P A R A S I E M P R E

Alcaldía Mayor de Bogotá

Instituto Distrital de Cultura y Turismo
Secretaría de Educación Distrital

Hans Chistian Andersen
Jakob + Wilhelm Grimm
Charles Perrault
Oscar Wilde

C U E N T O S
P A R A
S I E M P R E

ALCALDÍA MAYOR DE BOGOTÁ



ALCALDÍA MAYOR
DE BOGOTÁ D. C.
Instituto Distrital
CULTURA Y TURISMO
Secretaría
EDUCACIÓN

Bogotá sin indiferencia

Luis Eduardo Garzón
ALCALDE MAYOR DE BOGOTÁ

Instituto Distrital de Cultura y Turismo

Laura Restrepo Casablanca
DIRECTORA

María Candelaria Posada
SUBDIRECTORA DE FOMENTO A LAS ARTES
Y LAS EXPRESIONES CULTURALES

Ana Roda
GERENTE DE LITERATURA

Secretaría de Educación del Distrito

Abel Rodríguez Céspedes
SECRETARIO DE EDUCACIÓN DISTRITAL

Alejandro Álvarez Gallego
SUBSECRETARIO ACADÉMICO

Isabel Cristina López
DIRECTORA DE GESTIÓN INSTITUCIONAL

Elsa Inés Pineda
SUBDIRECTORA DE MEDIOS EDUCATIVOS

© de esta edición, abril de 2004: Alcaldía Mayor de Bogotá
Instituto Distrital de Cultura y Turismo
www.idct.gov.co

Traducción: María Luz Morales, Ricardo Baeza,
María Teresa Vernet

Todos los derechos reservados. Prohibida su reproducción
total o parcial sin permiso del editor

ISBN 958-8232-05-8

Asesora editorial: Margarita Valencia Vargas

Coordinadora de publicaciones: M^a Bárbara Gómez Rincón

Diseño gráfico: Olga Cuéllar + Camilo Umaña

Impreso por Panamericana Formas e Impresos. Hecho en Colombia

CONTENIDO

HANS CHRISTIAN ANDERSEN

La princesa y el guisante 9

JAKOB Y WILHELM GRIMM

Juan el Listo 12

El rey Picodeloro 12

CHARLES PERRAULT

Caperucita Roja 29

Barba Azul 33

El gato con botas 42

OSCAR WILDE

El famoso cohete 50

El gigante egoísta 71

HANS CHRISTIAN ANDERSEN

La Princesa y el guisante

Érase una vez un Príncipe que quería casarse con una princesa, pero había de ser una verdadera princesa. El príncipe viajó por todo el mundo en su deseo de hallar a la mujer de sus sueños, pero siempre se presentaba uno u otro inconveniente.

En el mundo abundaban las princesas, pero cuando quería investigar si eran princesas verdaderas, siempre encontraba dificultades para lograrlo o probarlo, y en general descubría algún detalle que no le agradaba. Al fin, ante la inutilidad de sus esfuerzos, el príncipe, muy triste, volvió a su palacio. ¡Con qué placer se casaría con una princesa verdadera!

Una noche estalló una terrible tempestad; relampagueaba y tronaba; llovía a cántaros: era verdaderamente espantoso.

De pronto, alguien llamó a la puerta del palacio, y el anciano Rey en persona acudió a abrir.

Fuera estaba una princesa, ¡pero en qué estado tan lamentable, a causa de la lluvia y del viento! Le caía el agua a chorros de sus cabellos y de su vestido, le entraba por las puntas de los zapatos; pero, con todo, sostenía que era una princesa verdadera.

—Pronto veremos si eso es verdad— pensó la anciana Reina, aunque no comunicó a nadie su pensamiento.

Se dirigió al dormitorio, sacó toda la ropa de la cama y colocó un guisante sobre las tablas del fondo; luego puso encima veinte colchones y otros tantos edredones de pluma. Allí había de dormir aquella noche la Princesa. Y llegada la mañana siguiente, le preguntaron si había descansado bien.

—He pasado una noche malísima —contestó ella—. Apenas he podido pegar un ojo en toda la noche. ¡Sabe Dios qué habría en la cama! He estado tendida sobre algo muy duro y tengo todo el cuerpo lleno de cardenales. ¡Es terrible!

Entonces todos comprendieron que debía de ser una verdadera princesa, ya que había sido capaz de sentir el guisante a través de los veinte colchones y de los veinte edredones de pluma. Nadie más que una verdadera princesa podría tener la piel tan delicada.

Así, pues, el Príncipe la tomó por esposa, porque ya estaba seguro de haber encontrado una verdadera princesa. En cuanto al guisante, fue depositado en el Museo, donde todavía puede verse, si nadie ha sentido la tentación de robarlo.

¡Y esta si que es una historia verdadera!

J. Y W. GRIMM

Juan el listo

A dónde vas, Juan? –pregunta la madre.

–A ver a Margarita –contesta Juan.

–¡Pórtate bien, Juan!

–Está bien, madre. ¡Adiós!

–¡Adiós, Juan!

Y Juan se fue a ver a Margarita.

–Buenos días, Margarita.

–Buenos días, Juan. ¿Qué me has traído?

–No te he traído nada. Hazme tú un regalo.

Margarita le dio una aguja. Juan cogió la aguja, la prendió en una carga de paja y volvió a su casa detrás del carro, muy contento.

–Buenas tardes, madre.

–Buenas tardes, Juan. ¿De dónde vienes?

–De casa de Margarita.

–¿Qué le has llevado?

–No le he llevado nada. Pero ella me ha hecho un regalo.

—¿Qué te ha regalado?

—Una aguja.

—¿Qué has hecho de ella?

—La prendí en una carga de paja.

—Eres bobo, Juan. Debías habértela prendido en la manga.

—Bueno, madre. Otra vez así lo haré.

*

*

*

—¿Adónde vas, Juan?

—A casa de Margarita.

—¡Pórtate bien!

—Descuida, madre. Adiós.

—Adiós, Juan.

Juan va a casa de Margarita.

—Buenos días Margarita.

—Buenos días, Juan. ¿Qué me traes?

—No te traigo nada. ¿Qué me das tú?

Margarita le da un cuchillito.

—Adiós, Margarita.

—Adiós, Juan.

Juan toma el cuchillito, se lo prende en la manga y se devuelve a su casa.

- Buenas tardes, madre.
–Buenas tardes, Juan. ¿De dónde vienes?
–De casa de Margarita.
–¿Qué le llevaste?
–No le llevé nada.
–¿Qué te dio ella?
–Me dio un cuchillito.
–¿Dónde lo traes, Juan?
–Prendido en la manga.
–Eres bobo, Juan. Tenías que habértelo metido en el bolsillo.
–Descuida, madre. Otra vez lo haré así.

*

*

*

- ¿Adónde vas, Juan?
–A ver a Margarita, madre.
–¡Mira que te portes bien!
–Descuida, madre. Adiós.
–Adiós, Juan.
Juan llega a casa de Margarita.
–Buenos días Margarita.
–Buenos días, Juan, ¿Me traes alguna cosa bonita?
–No te traigo nada. ¿Qué tienes tú para mí?

Margarita le da un corderillo.

–Adiós, Margarita.

–Adiós, Juan.

Juan toma el corderillo, le ata las patas y se lo mete en el bolsillo.

Cuando llegó a casa, el corderillo estaba asfixiado.

–Buenas tardes, madre.

–Buenas tardes, Juan. ¿Dónde has estado?

–Fui a ver a Margarita, madre.

–¿Qué le regalaste?

–No le regalé nada. Pero ella me dio una cosa.

–¿Qué te dio Margarita?

–Me dio un corderillo.

–¿Qué has hecho de él?

–Me lo metí en el bolsillo, madre.

–¡Mira que eres bobo! Debías habértelo traído arrastrando con una cuerda.

–No importa, madre. Otra vez lo haré.

*

*

*

–¿Adónde vas, Juan?

–Madre, a ver a Margarita.

–Que te portes bien...

–Descuida, madre. Adiós.

–Adiós, Juan.

Juan ve a Margarita.

–Buenos días, Margarita.

–Buenos días, Juan. ¿Qué me traes?

–No te traigo nada. ¿Qué tienes para mí?

Margarita le dio un jamón.

–Adiós, Margarita.

–Adiós, Juan.

Juan tomó el jamón, le ató una cuerda alrededor y lo arrastró tras de sí. Los perros lo siguieron y se comieron el jamón. Cuando llegó a su casa, solo quedaba la cuerda.

–Buenas tardes, madre.

–Buenas tardes, Juan. ¿Qué has hecho por ahí?

–Estuve con Margarita, madre.

–¿Qué le llevaste?

–No le llevé nada. Pero ella me dio una cosa muy buena.

–¿Qué te dio, Juan?

–Me dio un jamón.

–¿Qué has hecho del jamón, Juan?

–Lo até con una cuerda y lo arrastré tras de mí, pero los perros se lo comieron.

—Eres lo más bobo que hay en el mundo. Tenías que haberlo traído sobre la cabeza.

—No importa, madre. Otra vez lo haré así.

*

*

*

—¿Adónde vas, Juan?

—Madre, a ver a Margarita.

—A ver cómo te portas.

—Descuida, madre. Adiós.

—Adiós, Juan.

Juan llega a casa de Margarita.

—Buenos días, Margarita.

—Buenos días, Juan. ¿Qué me traes?

—No te traigo nada. ¿Qué hay para mí?

Margarita da a Juan un ternero.

—Adiós, Margarita.

—Adiós, Juan.

Juan toma el ternero y se lo pone sobre la cabeza.

El animal le patea la cara.

—Buenas tardes, madre.

—Buenas tardes, Juan. ¿Dónde has estado?

—Madre, fui a ver a Margarita.

—¿Qué le llevaste?

—No le lleve nada, madre. Pero ella me hizo un regalo.

—¿Qué te regaló, Juan?

—Me dio un ternero, madre.

—¿Qué has hecho del ternero, Juan?

—Lo traje sobre mi cabeza y me pateó toda la cara, madre.

—Eres más que bobo, Juan. Tenías que haberlo traído atado con una cuerda y dejarlo en el establo.

—Descuida, madre. El próximo día lo haré.

*

*

*

—¿Adónde vas, Juan?

—Madre, a ver a Margarita.

—Pórtate bien, Juan.

—Está bien, madre. Adiós.

—Adiós, Juan.

Juan se dirigió a casa de Margarita.

—Buenos días, Margarita.

—Buenos días, Juan. ¿Qué me traes?

—No te traigo nada. Pero quiero que me des algo.

—Te doy mi persona, Juan.

Juan ató a Margarita con una cuerda y se la llevó

a casa, donde la metió en el establo, dejándola allí bien sujeta. Después se fue a ver a su madre.

–Buenas tardes, madre.

–Buenas tardes, Juan. ¿Dónde has estado?

–En casa de Margarita, madre.

–¿Qué le llevaste?

–No le lleve nada.

–¿Qué te dio Margarita?

–No me dio nada. Se vino conmigo.

–¿Dónde has dejado a Margarita?

–La até en el establo con una cuerda.

–Eres un estúpido. Lo que tenías que hacer era echarle el ojo.

–Descuida, madre, Así lo haré.

Juan se fue al establo, sacó los ojos a vacas y terneras, y se los echó a Margarita a la cara.

Margarita se enojó, rompió la cuerda y se escapó a todo correr. Sin embargo... se casó con Juan.

El rey Picodeloro

Érase una vez un Rey que tenía una hija. Era más hermosa que cuanto la palabra pueda describir, pero al mismo tiempo tan orgullosa y altanera que ningún pretendiente le parecía bastante digno de ser su esposo. Rechazaba a uno después de otro y además se burlaba cruelmente de ellos.

Cierto día su padre organizó una gran fiesta a la cual invitó a todos los jóvenes casaderos de los países cercanos y de los lejanos. Fueron todos puestos en fila, por orden de rango y posición. Primero estaban los reyes, después los príncipes, luego los duques, condes y barones. La Princesa pasó revista a la hilera pero a todos señaló alguna falta.

Uno era demasiado corpulento: “¡Valiente tonel!”, dijo ella. El otro demasiado alto: “¡Vaya una espingarda!” El siguiente, demasiado bajo: “¡Parece un tapón!” El cuarto tenía la cara muy blanca: “¡Parece un muerto!” El quinto era muy colorado: “¡Valiente pimienta!”

El sexto iba un poco inclinado: “¡Eso es un anzuelo!”

Así fue rechazando a uno tras otro. Pero se burló, sobre todo, de un apuesto Rey que estaba a la cabeza de la hilera, y cuya barbilla era un poco ganchuda.

—¿Éste es el gran Rey? —exclamó—. Tiene una barbilla que parece el pico de un loro —y de allí en adelante fue siempre llamado “Rey Picodeloro”.

Cuando el viejo Rey vio que su hija se burlaba de todos y despreciaba a los pretendientes que él había reunido, se enojó de veras y juró que la daría por esposa al primer mendigo que pasara por delante de la puerta. Pocos días después, un músico ambulante se puso a cantar bajo las ventanas de palacio, pidiendo limosna. Al oírlo el Rey, dijo a sus criados:

—Háganlo subir.

Subió el músico, vestido con pobres harapos, a cantar para el Rey y su hija, y cuando hubo terminado les pidió limosna.

Dijo el Rey:

—Tu canción me ha gustado tanto que quiero darte a mi hija por esposa.

La Princesa se horrorizó, pero el Rey ordenó:

—Juré darte por esposa al primer mendigo que pasara por la puerta. Ahora tengo que cumplir mi palabra.

Todas las súplicas fueron inútiles. Se envió a buscar un sacerdote, que casó al músico y a la Princesa. Concluida la ceremonia, dijo el Rey:

–Ahora eres una mendiga y no puedes quedarte en palacio. Vete con tu marido.

El mendigo la cogió de la mano y se la llevó consigo; ella se vio obligada a seguirle por caminos y senderos, anda que andarás.

Pasaron por un hermoso bosque y ella preguntó:

–¿De quién es este bosque de ensueño?

–El Rey Picodeloro es su dueño.

Ahora sería tuyo tal vez.

a no ser por tu gran altivez.

*–Pude ser Reina y mi dicha perdí
cuando de tan gran Rey me reí.*

Después vieron unos magníficos prados, y ella volvió a preguntar:

–¿De quién son estos prados de ensueño?

–El Rey Picodeloro es su dueño.

*Ahora todo podría ser tuyo,
de no ser por tu gran orgullo.*

*–¡Ay de mí, que mi dicha olvidé,
cuando su corazón desdeñe!*

Pasaban ahora por una grande y hermosa ciudad y la Princesa preguntó de nuevo:

—¿De quién es esta hermosa ciudad?

—De Picodeloro es la propiedad.

También ahora tuya sería

a no ser por tu altanería.

—Ay, que yo junto a él pude reinar,

y ahora contigo he de mendigar...

—No me gusta ni poco ni mucho —dijo el músico — que te estés siempre acordando de otro pretendiente. ¿Es que no soy bastante para ti?

Por último llegaron a una miserable cabaña, y ella exclamó:

—Yo que ayer dejé mi palacio hermoso,

¿voy a estar en ese antro asqueroso?

El músico le contestó:

—Ésta es nuestra casa. Aquí viviremos juntos.

La puerta era tan baja, que ella tuvo que bajar la cabeza para entrar.

—¿Dónde están los criados? —preguntó la Princesa.

—¿Criados? —exclamó el mendigo—. Ahora tendrás que hacer todas las faenas tú misma. Encenderás el fue-

go y harás la cena. Pero en seguidita. Tengo hambre y estoy muy cansado.

La Princesa no sabía una palabra de encender fuego ni de cocinar y como lo hacía tan mal, el mendigo tuvo que hacerlo él. Cuando hubieron terminado su pobre cena, se fueron a dormir. Por la mañana, el hombre se levantó muy pronto para ir a su trabajo.

Así vivieron unos cuantos días, hasta que se terminaron las provisiones que tenían. Entonces dijo el mendigo:

–Esposa mía, esto no puede seguir así. Tenemos que trabajar para vivir. Tú puedes hacer canastos. Es una bonita tarea.

Salió al campo, cortó unos cuantos juncos y los trajo a su casa. Ella comenzó a tejerlos, pero los juncos eran duros y le estropeaban las manos.

–Ya veo que esto no te gusta –dijo el mendigo–. Mejor sería que hilaras. Esto tal vez te agrada.

Le trajo una rueca y un huso, pero como ella no estaba acostumbrada a manejarlos, se pinchaba los dedos y se hacía sangre.

–Ahora ya veo –dijo el mendigo– que no sirves para nada. He hecho un mal negocio contigo. Pero voy a tratar de convertirte en una buhonera. No tendrás

más que ir a sentarte al mercado y ofrecer tus baratijas al que pase.

“¡Ay de mí!” pensó la Princesa. “Si pasa alguien del reino de mi padre y me ve sentada en el mercado ofreciendo baratijas a los compradores, se reirá de mí.” Pero no hubo remedio; tuvo que obedecer si no quería morir de hambre y miseria.

Al principio todo fue bien. Como la joven era tan linda, los compradores acudían a buscar sus mercancías y le pagaban lo que ella pedía. Con la ganancia iban viviendo malamente y el hombre compraba nuevas mercaderías que ella volvía a vender. Solía la Princesa sentarse en una esquina del mercado con sus cacharros delante, y los pregonaba bien alto para que la oyeran.

Cierto día llegó un húsar a caballo y atravesó por entre los puestos, hizo caer el de la Princesa y rompió todos sus cacharros. Ella se echó a llorar, exclamando:

—¿Qué será ahora de mí? ¿Qué va a decir mi marido?

Se fue a su casa y explicó al mendigo la desgracia que había tenido.

—¿A quién se le ocurre sentarse en una esquina del mercado con la loza delante? —dijo el mendigo—.

Deja de llorar. Ya veo que no hay manera de que hagas bien ningún trabajo. Tendré que ir al palacio del Rey a preguntar si hay un puesto de ayudanta en la cocina, para llevarte allí. Por lo menos tendremos de balde las vituallas.

Así la Princesa pasó a ser ayudanta en la cocina del Rey y tuvo que hacer cuantos menesteres sucios y humildes el cocinero le ordenaba. Colgado del cuello llevaba un bote en el cual echaba las sobras de la comida y con ellas se alimentaban ella y su marido.

Sucedió que se celebraba la boda de la Princesa de aquel reino y la pobre mujer subió la escalinata a escondidas y se ocultó detrás de la puerta para contemplar el magnífico esplendor de la fiesta. Cuando los salones estuvieron iluminados y vio a los invitados, cada uno más bello que el otro, todos ricamente ataviados y moviéndose con suaves y galantes maneras, pensó tristemente en su mísero destino. Y se arrepintió de su orgullo y altanería, que eran la causa de su humillación y la habían arrastrado tan bajo.

Aquí y allí los criados quitaban algunos restos de los ricos platos que servían en el festín y se los echaban a la pobre en el bote para que los llevase a su casa. He aquí que, de pronto, llegó el hijo del Rey. Iba vestido de

seda y terciopelo y una cadena de oro rodeaba su cuello. Cuando advirtió a la bellísima joven que estaba detrás de la puerta, la tomó por una mano y quiso bailar con ella. Pero la mendiga lo rechazó, pues vio en seguida que era el Rey Picodeloro, aquel pretendiente de quien tan cruelmente se había burlado.

Su resistencia fue inútil y el Príncipe la condujo al salón. Bailando, bailando, la cinta donde llevaba colgado el bote de las sobras se rompió; la sopa y los restos de comida se vertieron por el suelo. Los invitados no pudieron por menos que echarse a reír. La joven quedó avergonzada y hubiese deseado que se la tragara la tierra. Salvó la puerta y trató de escapar pero, en la escalera, un hombre la detuvo y la hizo volver atrás. Cuando ella lo miró, vio que era nuevamente el Rey Picodeloro. Él habló con amabilidad y le dijo:

—No temas, yo soy el mendigo, tu esposo, el que vive contigo en la pobre cabaña. Porque te amaba me disfracé para llevarte conmigo; soy también el húsar que rompió tus cacharros en el mercado. He querido vencer tu orgullo y castigarte por la altanería con que te burlaste de mí.

Ella lloraba amargamente y dijo:

—Soy una desdichada y no merezco ser tu esposa.

Pero él contestó:

—¡Alégrate y sé feliz! Los malos días han pasado ya. Ahora celebraremos nuestra verdadera boda.

Acudieron las damas de honor y la vistieron muy ricamente y su padre, con toda su corte, llegó también, con gran alegría, a gozar de las fiestas de la boda de su hija con el Rey Picodeloro.

Y entonces empezó su dicha. Me hubiera gustado estar allí y verlo, y que ustedes lo vieran también.

CHARLES PERRAULT

Caperucita Roja

Érase una vez una niña aldeana, la más bonita del mundo; su madre estaba loca por ella, y su abuela, más loca aún. Esta buena mujer mandó hacerle una caperucita roja; y le sentaba tan bien, que en todas partes la llamaban Caperucita Roja.

Un día su madre coció unas tortas y luego dijo a la niña:

—Ve a ver cómo se encuentra tu abuela, pues me han dicho que está enferma. Llévale una torta y este tarrito de manteca.

Caperucita Roja se fue en seguida a casa de su abuela, que vivía en otro pueblecito. Al pasar por un bosque, encontró a maese Lobo, el cual sintió vivos deseos de comerla, pero no se atrevió porque en el bosque había unos leñadores. Le preguntó adónde iba. La pobre niña, no sabiendo cuán peligroso es detenerse a hablar con un lobo, le dijo:

–Voy a ver a mi abuela, para llevarle una torta y un tarrito de manteca que mi madre le envía.

–¿Vive muy lejos? –le preguntó el Lobo.

–¡Oh, sí! –respondió Caperucita Roja–. Vive pasando aquel molino que se ve allí abajo, en la primera casa del pueblo.

–Pues bien –repuso el Lobo–, quiero ir a verla yo también; yo iré por este camino y tú vas por aquel otro: veremos quién llega antes.

El Lobo echó a correr con todas sus fuerzas por el camino más corto y la niña se fue por el camino más largo, entreteniéndose en coger avellanas, en perseguir a las mariposas y en hacer ramitos con las florecillas que encontraba.

El Lobo no tardó en llegar a casa de la abuela. Llegó y llamó a la puerta: “¡Toc, toc!”

–¿Quién va?

–Soy su nieta, Caperucita Roja (respondió el Lobo desfigurando su voz), que le trae una torta y un tarrito de manteca que mi madre le envía.

La buena abuelita, que estaba en cama porque se encontraba malucha, le gritó:

–Tira de la clavija y caerá el pestillo.

El Lobo tiró de la clavija y la puerta se abrió.

Acto seguido se echó sobre la pobre mujer y la devoró en un santiamén, pues hacía más de tres días que no había comido. Cerró luego la puerta y fue a acostarse en la cama de la abuela, a la espera de Caperucita Roja.

Esta, al poco rato, llamó a la puerta: “¡Toc, toc!”

—¿Quién va?

Caperucita Roja, al oír el vozarrón del Lobo, tuvo miedo, de momento; pero pensando que su abuela estaba resfriada, contestó:

—Soy su nieta, Caperucita Roja, que le trae una torta y un tarrito de manteca que mi madre le envía.

El Lobo le gritó, dulcificando un poco su voz:

—Tira de la clavija y caerá el pestillo.

Caperucita Roja tiró de la clavija y la puerta se abrió.

El Lobo, al verla entrar, le dijo, ocultándose bajo las mantas:

—Pon la torta y el tarrito de manteca encima de la artesa y ven a acostarte conmigo.

Caperucita Roja se desnudó y fue a meterse en la cama, donde le extrañó mucho ver el aspecto que presentaba su abuela en camisa. Le dijo:

—Abuelita, ¡qué brazos tan grandes tiene!

- Son para abrazarte mejor, hija mía.
- Abuelita, ¡qué piernas tan largas tiene!
- Son para correr mejor, hija mía.
- Abuelita, ¡qué orejas tan grandes tiene!
- Son para oír mejor, hija mía.
- Abuelita, ¡qué ojos tan grandes tiene!
- Son para ver mejor, hija mía.
- Abuelita, ¡qué dientes tan grandes tiene!
- Son para comerte.

Y al decir esto, el Lobo maldito se arrojó sobre Caperucita Roja y se la comió.

Barba Azul

Érase una vez un hombre que poseía hermosas casas en la ciudad y en el campo, vajillas de plata y oro, lujosos muebles y carrozas doradas; pero, por desgracia, este hombre tenía la barba azul y ello le daba un aspecto tan desagradable y espantoso, que no había mujer ni doncella que no huyese de él apenas le veía.

Una de sus vecinas, dama de alto rango, tenía dos hijas muy hermosas. Este hombre le pidió la mano de una de ellas, dejándole elegir la que prefiriese darle. Ninguna de las dos lo aceptaba por esposo y se lo cedían una a otra, sin poder decidirse a casar con un hombre de barba azul. Lo que las asustaba también era que había tenido ya varias mujeres y no se sabía qué había sido de ellas.

Barba Azul, para entrar en relaciones, las llevó con su madre, tres o cuatro de sus mejores amigas y unos cuantos jóvenes de la vecindad a una de sus casas de campo, donde permanecieron una semana entera. Todo

eran paseos, partidas de caza y de pesca, danzas, festines y refrescos; no durmieron apenas, y pasaban la noche en juegos y bromas; en fin, salió todo tan bien, que la menor de las hermanas empezó a encontrar que el dueño de la casa no tenía la barba tan azul y que era un hombre simpático. De regreso a la ciudad se celebró la boda.

Al cabo de un mes, Barba Azul dijo a su mujer que tendría que hacer un viaje a provincias que duraría por lo menos seis semanas, por un negocio de importancia; y le rogó se divertiera mucho durante su ausencia, invitando a sus amigas, llevándolas al campo si quería y obsequiándolas en todas partes con una buena mesa.

—Aquí tienes —le dijo— las llaves de los dos grandes guardamuebles; estas son las de la vajilla de oro y plata, que sólo sirve en casos excepcionales; estas son las de los cofres donde tengo el oro y la plata y las de las arquetas donde guardo mis piedras preciosas; y esta es la que abre todas mis habitaciones. En cuanto a esta llavecita, es la del gabinete que hay al final de la gran galería del piso bajo; ábrelo todo y recórrelo todo; pero en cuanto al gabinete, te prohíbo que entres en él, y de tal modo te lo prohíbo, que si se te antoja abrirlo, puedes esperar todo de mi cólera.

Ella prometió cumplir exactamente cuanto le había mandado y Barba Azul, después de besarla, subió a su coche y partió de viaje.

Las vecinas y las amigas no esperaron a ser invitadas para presentarse en casa de la recién casada, tan impacientes estaban por ver todas las riquezas de la mansión; pues no se habían atrevido a ir en presencia del marido, a causa de su barba azul, que les daba miedo. Hételas, pues, recorriendo los cuartos, los gabinetes, los guardarropas, las habitaciones, todas a cuál más hermosa y más ricamente adornada.

Subieron luego a los guardamuebles, donde no se cansaban de admirar la profusión y belleza de las tapicerías, de las camas, de los sofás, de los tocadores y veladores, de las mesas y los espacios donde podían mirarse de pies a cabeza, y cuyos marcos, de cristal unos, de plata otros, o de plata sobredorada, eran los más hermosos y magníficos que se vieron jamás. No cesaban de alabar y envidiar la dicha de su amiga. No obstante, ella no hallaba ningún goce en contemplar aquellas riquezas pues se había apoderado de ella el deseo de abrir el gabinete del piso bajo y se sentía impaciente por verlo.

Tanto le agujoneaba la curiosidad que, sin pensar

que era una desatención dejar a sus amigas, bajó al otro piso por una escalera excusada, y lo hizo tan precipitadamente que dos o tres veces estuvo a punto de romperse la crisma. Llegada a la puerta del gabinete se detuvo un poco, pensando en la prohibición de su marido y en que quizá podría pagar cara su desobediencia; pero la tentación era tan fuerte que no la pudo vencer. Tomó, pues, la llavecita y abrió temblando la puerta del gabinete.

De momento, no vio nada, pues estaban cerradas las ventanas; al cabo de unos minutos empezó a ver que el suelo estaba cubierto de sangre coagulada y que en esta sangre, como en un espejo, se reflejaban los cuerpos de varias muertas colgadas en las paredes. Eran todas las mujeres que se habían casado con Barba Azul y a quienes él había ido degollando una tras otra. La mujer creyó morir de miedo, y la llave del gabinete, que acababa de sacar de la cerradura, se le cayó de las manos.

Luego que se hubo repuesto un poco, recogió la llave, cerró de nuevo la puerta y subió a su habitación para recobrarle, pero estaba tan trastornada que no lo podía conseguir.

Notando que la llave del gabinete se había manchado de sangre, la secó dos o tres veces, pero la san-

gre no desaparecía. La limpió, la frotó incluso con arena; todo fue en vano, pues la llave estaba encantada y no había manera de limpiarla del todo: cuando se quitaba la sangre de un lado, reaparecía por otro.

Barba Azul volvió de su viaje la misma noche y dijo que por el camino había recibido ciertas cartas en las que se le notificaba que el asunto por el cual había tenido que partir estaba resuelto a su favor. Su mujer hizo cuanto pudo por demostrarle su alegría por su pronto regreso.

Al día siguiente su esposo le pidió las llaves y ella se las devolvió, pero con su mano tan temblorosa que él adivinó sin más cuanto había sucedido.

—¿Por qué —le preguntó— no está con las demás la llave del gabinete?

—La habré olvidado allí arriba, encima de mi mesa —dijo ella.

—No se te olvide —repuso Barba Azul— dármela cuanto antes.

Después de varias dilaciones fue menester traer la llave. Barba Azul la examinó cuidadosamente y dijo a su mujer:

—¿Por qué está manchada de sangre?

—No lo sé —contestó la pobre mujer, más pálida que la muerte.

–Tú no lo sabes –repuso Barba Azul–; yo, en cambio, sí lo sé: y es que has entrado en el gabinete. Pues bien, señora, podrás entrar en él y ocupar tu lugar entre las damas que allí has visto.

La pobre mujer se arrojó a los pies de su marido llorando y pidiéndole perdón, expresando un sincero arrepentimiento por no haberle obedecido. Cualquiera se hubiera enternecido al verla tan hermosa y afligida, pero Barba Azul tenía el corazón más duro que una peña.

–Es preciso morir, señora –le dijo–, y eso inmediatamente.

–Ya que debo morir –repuso ella mirándole con los ojos bañados en llanto–, concédeme unos momentos para encomendarme a Dios.

–Te doy medio cuarto de hora –repuso Barba Azul–, ni un minuto más.

Cuando la mujer se quedó sola, llamó a su hermana y le dijo:

–Ana, hermana mía –pues así se llamaba–, te lo suplico; sube a lo alto de la torre para ver si llegan mis hermanos; me prometieron venir hoy a verme. Si los ves, hazles señas para que se apresuren.

Ana subió a lo alto de la torre, y la desgraciada mujer le gritaba de vez en cuando:

—Ana, hermana Ana, ¿no ves nada en el camino?
Y la hermana respondía:

—No veo más que el sol resplandeciente y la hierba reluciente.

Mientras tanto, Barba Azul, armado de un gran cuchillo, gritaba con todas sus fuerzas:

—Baja en seguida o voy a subir yo.

—Un momento... —le contestaba su mujer, y en seguida decía en voz baja—: Ana, hermana Ana, ¿no ves nada en el camino?

Y la hermana respondía:

—No veo más que el sol resplandeciente y la hierba reluciente.

—Baja ya en seguida —gritaba Barba Azul— o voy a subir yo.

—Bajo ya —contestaba su mujer. Y luego decía—: Ana, hermana Ana, ¿no ves nada en el camino?

—Veo —contestó Ana —una gran polvareda que se acerca por aquel lado...

—¿Son mis hermanos?

—¡Ay! No, hermana mía: es un rebaño de carneros.

—¿No quieres bajar? —gritaba Barba Azul.

—Un minuto nada más —contestaba su mujer. Y

entonces decía—: Ana, hermana Ana, ¿no ves nada en el camino?

—Veo —contestó Ana— a dos jinetes que vienen por este lado, pero están todavía muy lejos. ¡Dios sea loado! —exclamó al cabo de un instante—. Son mis hermanos. Les hago señas con todas mis fuerzas para que se den prisa.

Barba Azul se puso a gritar tan fuerte que toda la casa retembló.

Bajó la pobre mujer y fue a echarse a sus pies, llorosa y desmelenada.

—Todo esto no sirve de nada —dijo Barba Azul—. Hay que morir.

Luego, cogiéndola por los cabellos con una mano y levantando el cuchillo con la otra, se dispuso a cortar-le la cabeza. La pobre mujer, volviendo hacia él los ojos desfallecientes, le suplicó un minuto más para recogerse a orar.

—No, no —dijo él—, encomiéndate a Dios —y levantando el brazo...

En aquel momento llamaron a la puerta con tal fuerza que Barba Azul se detuvo. Abrieron y entraron dos caballeros que, echando mano a la espada, se lanzaron hacia Barba Azul.

Este reconoció en seguida que eran los hermanos de su mujer, dragón el uno y mosquetero el otro, y huyó para salvarse; pero los dos hermanos le persiguieron tan de cerca, que le dieron alcance antes de que pudiera llegar a la escalinata del jardín, atravesándole con sus espadas y dejándolo muerto. La pobre mujer estaba casi tan muerta como su marido y ni fuerzas tenía para levantarse y abrazar a sus hermanos.

Resultó luego que Barba Azul no tenía herederos, y así su mujer quedó dueña de todos sus bienes. Empleó una parte de los mismos en casar a su hermana Ana con un joven hidalgo que la amaba hacía mucho tiempo; empleó otra en comprar plazas de capitán para sus dos hermanos y el resto en casarse con un hombre honrado y juicioso que le hizo olvidar los malos ratos que había pasado con Barba Azul.

El gato con botas

Un molinero dejó por toda herencia a sus tres hijos su molino, su asno y su gato. La partición fue cosa fácil, sin que notario o procurador intervinieran en ella, pues se habrían comido el escaso patrimonio. El hermano mayor se quedó con el molino; el segundo, con el asno, y el tercero, con el gato.

El menor no podía consolarse de haber recibido tan pobre herencia.

—Mis hermanos —decía— podrán ganarse honradamente la vida trabajando juntos; pero yo, luego que me haya comido el gato y me haya hecho un manguito con su piel, tendré que morir de hambre.

El Gato, que estaba escuchando este razonamiento sin darlo a entender, le habló en tono serio y reposado:

—No se aflija, amo; no tiene más que darme un saco y encargarme un par de botas para andar por las malezas y verá cómo no le ha tocado en suerte la parte peor.

Aunque el dueño del Gato no confiase mucho en él, sin embargo le había visto hacer tantas habilidades e inventar tales ardidés para cazar ratas y ratones – como, por ejemplo, colgarse de las patas y esconderse en la harina haciéndose el muerto–, que no dudó de que le ayudaría a salir de su miseria.

Cuando el Gato tuvo lo que había pedido, se calzó gallardamente las botas y, echándose el saco al hombro, cogió los cordones con sus dos patas delanteras y se fue a un coto donde había gran cantidad de conejos. Puso salvado y algunas hierbas en el saco y, tendiéndose como si estuviera muerto, esperó que algún gazapillo, poco experimentado aún en las astucias del mundo, viniera a meterse en su saco para comer lo que en él había puesto.

Apenas se había echado cuando ya su trampa surtió efecto: un imprudente gazapo se había metido en el saco y maese Gato, tirando de los cordones, lo cogió y lo mató sin compasión.

Muy orondo con su presa, se encaminó a palacio y pidió hablar al Rey. Le hicieron subir a la habitación del monarca, donde, al entrar, hizo una profunda reverencia y le dijo:

–Aquí le ofrezco, señor, un conejo de monte que el

señor Marqués de Carabás (era el nombre que se le antojó dar a su amo) me ha encargado le ofrezca de su parte.

–Di a tu amo –contestó el Rey– que le doy las gracias y que su presente me satisface en gran manera.

Fue otra vez a esconderse en los trigales, siempre con su saco abierto; y cuando hubieron entrado en él dos perdices, tiró de los cordones y las cogió. Fue en seguida a ofrecerlas al Rey, como había hecho con el conejo de monte. El Rey recibió complacido las dos perdices y mandó que le diesen una recompensa.

El Gato continuó, durante dos o tres meses, llevando al Rey de vez en cuando piezas cazadas, según decía, por su amo el Marqués. Un día se enteró de que el Rey iría a pasear a orillas del río con su hija, que era la princesa más hermosa del mundo, y dijo a su amo:

–Si quiere seguir mis consejos, su fortuna está hecha; no tiene más que bañarse en el río, en el sitio que yo le indique, y luego dejarme hacer a mí.

El supuesto Marqués de Carabás hizo lo que su Gato le aconsejaba sin saber de qué le serviría. Mientras estaba bañándose acertó a pasar el Rey y el Gato se puso a gritar con todas sus fuerzas:

–¡Socorro, socorro, ahí está el señor Marqués de Carabás que se ahoga!

Al oír los gritos, miró el Rey por la portezuela y, reconociendo al Gato que le había traído caza tantas veces, ordenó a sus guardias que acudieran en auxilio del señor Marqués de Carabás.

Mientras sacaban del río al pobre Marqués, el Gato se acercó a la carroza y dijo al Rey que mientras su amo se bañaba unos ladrones le habían quitado el vestido, a pesar de que él había gritado “¡al ladrón!” con todas sus fuerzas. El muy tuno lo había escondido debajo de una enorme piedra.

El Rey ordenó en seguida a los oficiales de su guardarropa que fueran a buscar uno de sus trajes más hermosos para el señor Marqués de Carabás. Como el rico vestido que acababan de darle realzaba su buena figura (pues el molinero era guapo y buen mozo), la hija del Rey lo encontró de su agrado y apenas el Marqués de Carabás le hubo dirigido dos o tres miradas tiernas, aunque respetuosas, se enamoró locamente de él.

El Rey se empeñó en que subiera a la carroza para dar con ellos un paseo. El Gato, encantado con el éxito de sus planes, tomó la delantera; encontró a unos campesinos que estaban cortando la hierba de un prado y les dijo:

—Buenas gentes que cortan hierba, si no dicen al

Rey que este prado pertenece al Marqués de Carabás, los matarán y los harán picadillo.

El Rey no dejó de preguntar a los trabajadores de quién era el prado cuya hierba cortaban.

—Es del señor Marqués de Carabás —contestaron todos a la vez, pues la amenaza del Gato los había aterrorizado.

—Hermosa heredad tienes ahí —dijo el Rey al Marqués de Carabás.

—Bien lo ve, Señor —respondió el Marqués—, este prado me da todos los años un buen rendimiento.

Maese Gato, que iba siempre por delante de la comitiva, encontró a unos segadores y les dijo:

—Buenas gentes que siegan, si no dicen que este trigal pertenece al señor Marqués de Carabás los matarán y los harán picadillo.

El Rey, que pasó al cabo de un rato, quiso saber a quién pertenecían aquellos trigales que veía.

—Son del señor Marqués de Carabás —contestaron los segadores, y nuevamente el Rey se congratuló de ello con el Marqués. El Gato, que iba adelante de la carroza, decía siempre lo mismo a todos los que encontraba; y el Rey estaba asombrado de las inmensas riquezas del señor Marqués de Carabás.

Maese Gato llegó por fin a un hermoso castillo cuyo dueño era el ogro, y era el más rico que pudo verse jamás, pues todas las tierras que había cruzado el Rey dependían de este castillo. El Gato, que había procurado informarse de quién era el ogro y de sus habilidades, solicitó hablar con él, diciéndole que no quería pasar tan cerca de su castillo sin tener el honor de presentarle sus respetos.

El Ogro lo recibió con toda la cortesía de que es capaz un ogro y lo invitó a sentarse.

—Me han asegurado —dijo el Gato— que usted posee el don de transformarse en toda clase de animales; que puede, por ejemplo, convertirse en león o en elefante. ¿Es verdad?

—Es verdad —contestó bruscamente el Ogro—, y para demostrárselo, me convertiré en león.

El Gato sintió tanto terror al ver un león ante sí, que se encaramó en seguida hasta el tejado, no sin pena ni peligro a causa de sus botas, que nada valían para andar por las tejas.

Pasado un momento, y viendo el Gato que el Ogro había recobrado ya su primitiva forma, bajó y confesó que se había asustado mucho.

—Me han asegurado también —dijo el Gato—, pero

eso no puedo yo creerlo, que posee asimismo la facultad de tomar la forma de los más pequeños animales; por ejemplo, de una rata o de un ratón; pero le confieso que eso lo reputo completamente imposible.

—¿Imposible? —replicó el Ogro—. Ya lo verá —y acto seguido se convirtió en un ratón que echó a correr por el suelo. No bien el Gato vio al ratón, se arrojó sobre él y se lo comió.

Entre tanto el Rey, que vio al pasar el hermoso castillo del Ogro, quiso entrar en él. Oyendo el Gato el ruido de la carroza que cruzaba el puente levadizo, acudió a su encuentro y dijo al Rey:

—Sea bienvenida Su Majestad al castillo del señor Marqués de Carabás.

—¡Cómo, señor Marqués! —exclamó el Rey—. ¿También es suyo este castillo? Sin duda, no se hallaría nada más hermoso que este patio y cuantos edificios le rodean; veamos el interior, si le place.

El Marqués dio la mano a la joven Princesa, y siguiendo al Rey que subía al frente de todos, entraron en un gran salón donde estaba servido un espléndido festín. El Ogro lo había mandado preparar para unos amigos que debían ir a verle aquel día, pero que no se habían atrevido a entrar al saber que estaba allí el Rey.

Este, encantado de las excelentes cualidades del señor Marqués de Carabás, lo mismo que su hija, que estaba locamente enamorada de él, y viendo las grandes riquezas que poseía, le dijo, después de beber cinco o seis tragos:

—Sólo depende de usted, señor Marqués, el que sea mi yerno.

El Marqués, haciendo una profunda reverencia, aceptó el honor que el Rey le otorgaba y antes de aquella misma noche se casó con la Princesa.

El Gato se convirtió en un gran señor y si a veces corría detrás de los ratones, era tan sólo por divertirse.

OSCAR WILDE

El famoso cohete

El hijo del Rey iba a casarse. Con este motivo se celebraban grandes festejos. Un año entero había aguardado a su novia y al fin esta llegó. Era una princesa rusa que había venido desde la Finlandia en un trineo tirado por seis renos. Tenía el trineo la forma de un gran cisne dorado, entre cuyas alas yacía la Princesita. Un largo manto de armiño caía rígido hasta sus pies, cubría su cabeza una linda toca de tisú de plata, y era pálida como el palacio de nieve en que siempre había vivido. Tan pálida era, que al pasar por las calles todo el mundo se asombraba.

—¡Parece una rosa blanca! —exclamaban, y le arrojaban flores desde los balcones.

A la puerta del castillo la esperaba el Príncipe. Tenía unos ojos soñadores de color violeta y sus cabellos eran como oro fino. Al verla, dobló una rodilla y la besó la mano.

—Tu retrato era hermoso —murmuró—, pero tú eres más hermosa que tu retrato —y la Princesita se ruborizó.

—Hace un momento era como una rosa blanca —dijo un pajecillo a su vecino—; pero ahora es como una rosa roja.

Y toda la corte quedó encantada de la frase.

Durante tres días todo el mundo fue diciendo:

—Rosa blanca, rosa roja; rosa roja, rosa blanca.

Y el Rey dio órdenes para que doblasen el salario del paje. Como éste no recibía salario alguno, no le fue de gran provecho la orden, pero se consideró como un gran honor y fue debidamente publicada en la Gaceta de la Corte.

Al cabo de tres días se celebraron las bodas. Fue una ceremonia magnífica y los novios pasaron, cogidos de la mano, bajo un palio de terciopelo carmesí bordado de perlas blancas. Luego hubo un banquete oficial que duró cinco horas. El Príncipe y la Princesa se sentaron a un extremo del gran salón y bebieron en una copa de claro cristal. Sólo los verdaderos enamorados podían beber en esta copa, pues si la tocaban labios engañosos se volvía gris y opaca y brumosa.

—Bien claro está que se aman —dijo el pajecillo—, ¡tan claro como el cristal!

Y el Rey dobló por segunda vez su salario.

—¡Qué honor! —exclamaron todos los cortesanos.

Después del banquete debía celebrarse un baile. Los novios bailarían juntos la danza de la Rosa, y el Rey había prometido tocar la flauta. Tocaba pésimamente, pero nadie se hubiera atrevido nunca a decírselo, pues para eso era el Rey. En realidad no sabía más que dos piezas, y nunca estaba completamente seguro de cuál de las dos tocaba; pero poco importaba; pues, hiciera lo que hiciera, todo el mundo exclamaba:

—¡Delicioso! ¡Delicioso!

El número final del programa eran unos espléndidos fuegos artificiales, que debían terminar a medianoche. La Princesita no había visto en su vida fuegos artificiales, por lo que el Rey había dado órdenes al pirotécnico de la Casa Real para que se sobrepusiera el día del casamiento.

—¿Cómo son los fuegos artificiales? —preguntó la Princesita al Príncipe una mañana, paseando por la terraza.

—Son como la aurora boreal —dijo el Rey, que siempre contestaba a las preguntas que se hacían a los demás—. Sólo que mucho más naturales. Yo los prefiero a las estrellas, pues se sabe cuándo van a aparecer y

son casi tan deliciosos como la música de mi flauta. Ya verán...

Construyeron al extremo del jardín un gran tablado. Y apenas el pirotécnico de la Casa Real había puesto todo en orden, cuando los fuegos de artificio comenzaron a hablar entre sí.

—¡Qué hermoso es el mundo! —gritó un pequeño Buscapiés—. Fíjense en esos tulipanes amarillos. ¡Ni aun siendo petardos de verdad podrían ser más hermosos! ¡Cuánto me alegro de haber viajado! Los viajes educan el espíritu y acaban con todos los prejuicios.

—El jardín del Rey no es el mundo, necio Buscapiés —dijo una gruesa Candela Romana—; el mundo es un espacio enorme y necesitarías tres días para verlo entero.

—Todo lugar que amamos es para nosotros el mundo —exclamó una pensativa Rueda Catalina, que había formado parte en otro tiempo de una vieja caja de pino y se envanecía de su corazón destrozado—; pero el amor no está ya de moda; los poetas lo han maltratado. Escribieron tanto sobre él, que nadie les creyó; y no me extraña. El verdadero amor sufre y calla. Recuerdo que yo misma, una vez... Pero esto no hace al caso. La novela pertenece ya al pasado.

—¡Que majadería! —replicó la Candela Romana—. La novela nunca muere. Es como la luna, vive eternamente. Los novios, por ejemplo, se quieren con pasión. Esta mañana se lo oí decir a un cartucho de papel oscuro que por casualidad estaba en el mismo cajón que yo y que sabía las últimas noticias de la Corte.

Pero la Rueda Catalina meneó la cabeza.

—¡La novela ha muerto, la novela ha muerto, la novela ha muerto! —murmuró. Era como una de esas personas que creen que a fuerza de repetir la misma cosa muchas veces acaba por ser verdad.

De pronto, una tosecilla aguda, seca, se dejó oír, y todos miraron en derredor. Provenía de un altanero y espigado cohete, atado a la extremidad de una varilla. Tosía siempre antes de hablar para llamar la atención.

—¡Ejem! ¡Ejem! —hizo; y todo el mundo prestó oído, excepto la pobre Rueda Catalina, que continuaba meneando la cabeza y murmurando:

—¡La Novela ha muerto!

—¡Orden! ¡Orden! —gritó un Triquitraque. Tenía algo de político, y siempre había tomado parte activa en las elecciones locales, así que sabía con exactitud las expresiones parlamentarias que debía emplear.

—¡Muerta sin remisión! —susurró la Rueda Catalina, quedándose dormida.

Apenas se hubo hecho un silencio perfecto, tosió el Cohete por tercera vez y comenzó. Hablaba en voz queda, muy lenta y clara, como si estuviese dictando sus memorias, y miraba siempre por encima del hombro a su interlocutor. Realmente, tenía modales muy distinguidos.

—¡Qué suerte tiene el hijo del Rey! —exclamó—. ¡Casarse el mismo día en que me van a disparar! ¡Ni aun haciéndolo a propósito podría ser mejor para él! Pero los Príncipes siempre tienen suerte.

—¿Cómo? —dijo el pequeño Buscapiés—. Yo creía que era al revés y que éramos nosotros los que íbamos a ser disparados en honor del Príncipe.

—Eso puede que sea verdad con respecto a ti —replicó el Cohete—. Sí, sin duda alguna... Pero, en lo que a mí se refiere, es otra cosa. Yo soy un Cohete notabilísimo, y desciendo de padres muy notables. Mi madre fue la Rueda Catalina más célebre de su época, y alcanzó gran renombre por la gracia de su danza. Cuando su famosa aparición en público, dio diecinueve vueltas antes de consumirse, y a cada vuelta lanzaba al aire siete estrellas encarnadas. Tenía tres pies y me-

dio de diámetro, y estaba hecha con pólvora de la mejor. Mi padre fue un Cohete como yo, de origen francés. Voló tan alto que temieron no volviera a bajar. Bajó, sin embargo, pues era de carácter muy bondadoso, e hizo un descenso brillantísimo, en medio de una lluvia de oro. Los periódicos hablaron de él en términos muy halagüeños; como que la Gaceta de la Corte lo proclamó un triunfo del arte pilotécnico.

–Pilotécnico, quieres decir pirotécnico –advirtió una Luz de Bengala–. Sé que se dice pirotécnico porque lo he visto escrito en mi bote de hojalata.

–Bueno, yo digo pilotécnico –replicó el Cohete, en tono severo. Y la Luz de Bengala se sintió tan apabullada que empezó a maltratar a los Buscapiés pequeños para demostrar que ella también era persona de importancia.

–Decía –continuó el Cohete–, decía... ¿Qué es lo que decía?

–Hablabas de ti mismo –contestó la Candela Romana.

–Naturalmente; ya sabía yo que hablaba de algo interesante cuando fui tan groseramente interrumpido. Detesto la grosería y los malos modos, pues soy extremadamente sensible. No hay nadie en el mundo tan sensible como yo, estoy seguro.

—¿Qué es una persona sensible? —preguntó el Triquitraque a la Candela Romana.

—Una persona que, porque tiene callos, va siempre pisando los pies a los demás —respondió la Candela Romana en un débil murmullo que estuvo a punto de hacer soltar la carcajada al Triquitraque.

—¿De qué se ríen, puede saberse? —inquirió el Cohete. —Me parece que yo no me río.

—Me río porque estoy contento —respondió el Triquitraque.

—Razón bien egoísta —dijo agriamente el Cohete—. ¿Qué derecho tienes de estar contento? Deberías pensar en los demás. Sí, deberías pensar en mí. Yo siempre estoy pensando en mí y espero que todo el mundo haga lo mismo. Eso es lo que se llama altruismo. Es una virtud admirable y yo la poseo en alto grado. Supongan, por ejemplo, que me ocurriese algo esta noche, ¡qué desgracia para todo el mundo! El Príncipe y la Princesa no podrían ya ser felices, se malograría su vida de casados; y, por lo que hace el Rey, sé que no podría soportarlo. Realmente, cuando me pongo a reflexionar sobre la importancia de mi misión, casi me saltan las lágrimas.

—Si quieres ser agradable a los demás —exclamó la Candela Romana— harías mejor en conservarte seco.

—¡Ciertamente! —exclamó la Luz de Bengala, que estaba ya de mejor humor—; eso es de sentido común.

—¿De sentido común? —dijo el Cohete indignado—. Olvidan que yo nada tengo de común, que soy excepcional. ¡Caramba!, todo el mundo puede tener sentido común, con tal de carecer de imaginación. Pero yo tengo imaginación, pues jamás veo las cosas como son en realidad, sino muy diferentes. En cuanto a conservarme seco, evidentemente no hay aquí nadie capaz de apreciar lo más mínimo un natural sensible. Por fortuna para mí, me importa un bledo. Lo único que lo sostiene a uno en la vida es la conciencia de la inmensa inferioridad de sus semejantes; y este es un sentimiento que siempre he cultivado. Pero ninguno de ustedes tiene corazón. Ríen y se regocijan como si el Príncipe y la Princesa no acabaran de casarse.

—¡Cómo! —exclamó un pequeño Globo de Fuego—. ¿Y por qué no? Es la ocasión de regocijarse, y cuando me remonte en el aire pienso comunicárselo así a las estrellas. Ya verán cómo centellean cuando les hable de la novia.

—¡Ah, qué concepto tan trivial de la vida! —dijo el Cohete—. Pero era de esperar. No piensan en que quizás el Príncipe y la Princesa se vayan a vivir a un país donde

haya un río profundo, y quizás tengan un hijo único, un chiquitín de cabellos rubios y ojos de color violeta como el Príncipe, y quizás un día vaya de paseo con su nodriza, y quizás la nodriza se quede dormida a la sombra de un gran sauce, y quizás el niño caiga al río y se ahogue... ¡Qué horrible infortunio! ¡Pobres, perder así su único hijo! ¡Es espantoso! Jamás podré consolarme...

—Pero aún no lo han perdido, que sepamos —dijo la Candela Romana—. Ni les ha ocurrido todavía desgracia alguna.

—Yo no he dicho que les hubiese sucedido —replicó el cohete—; dije que podría sucederles. Si hubiesen perdido a su hijo único, de nada serviría lamentarse. Detesto la gente que llora por el cántaro roto. Pero cuando pienso que podrían perder a su hijo único, me siento afectadísimo.

—¡Y lo estás! —exclamó la Luz de Bengala—. ¡Eres la persona más afectada que he conocido!

—Y tú la más grosera que he visto —dijo el Cohete— e incapaz de comprender mi afecto por el Príncipe.

—¡Pero si no lo conoces! —refunfuño la Candela Romana.

—Yo no he dicho que lo conociese —contestó el Cohete—. Y me atrevo a decir que si le conociera no se-

ría en modo alguno su amigo. Es muy peligroso conocer a los amigos.

–En verdad que harías mejor en conservarte seco –dijo el Globo de Fuego–. Eso es lo importante.

–Lo será para ti, no lo dudo –contestó el Cohete–; pero yo lloraré si se me antoja.

Y comenzó a derramar grandes lágrimas que corrieron por su varilla y estuvieron a punto de anegar a dos pequeños escarabajos que casualmente estaban pensando poner casa juntos y buscaban un sitio seco donde instalarse.

–Debe de tener un espíritu verdaderamente romántico –dijo la Rueda Catalina–, pues llora cuando no hay por qué llorar.

Y exhalando un hondo suspiro, pensó en la caja de pino. Pero la Candela Romana y la Luz de Bengala estaban indignadísimas y exclamaban a voz en cuello:

–¡Paparruchas! ¡Paparruchas!

Eran muy positivas y siempre que protestaban de algo lo llamaban paparruchas.

En esto la luna se levantó como un maravilloso escudo de plata, y las estrellas comenzaron a brillar, y del palacio llegaron los acordes de la música.

El Príncipe y la Princesa dirigían el baile.

Bailaban tan deliciosamente que las altas azucenas blancas se inclinaban por la ventana para verlos y las grandes amapolas rojas llevaban el compás con la cabeza.

Sonaron las diez, y luego las once, y luego las doce, y a la última campanada todo el mundo salió a la terraza y el Rey envió a buscar al Pirotécnico.

—Que comiencen los fuegos artificiales —dijo el Rey.

Y el Pirotécnico hizo una gran reverencia y se dirigió hacia el tablado. Llevaba consigo seis ayudantes, cada uno con una antorcha encendida en la punta de una larga pértiga.

Fue, ciertamente, un magnífico espectáculo.

—¡Juisss! ¡Juis! —hacía la Rueda Catalina dando vueltas.

—¡Bum! ¡Bum! —hacía la Candela Romana. Luego, los Buscapiés empezaron la danza y las Luces de Bengala tiñeron todo de rojo.

—¡Adiós! —gritó el Globo de Fuego, remontándose y esparciendo pequeñas centellas azules.

—¡Bang! ¡Bang! —contestaron los Triquitraques, que la estaban gozando locamente.

Todos tuvieron un gran éxito, excepto el Famoso

Cohete. Estaba tan húmedo por haber llorado que no pudo prenderse. Lo mejor que había en él era la pólvora y ésta estaba tan mojada por las lágrimas que no servía para nada. En cambio, todos sus pobres parientes, a los que nunca hablaba más que con una sonrisa despectiva, germinaron en el cielo como maravillosas flores doradas con corolas de fuego.

—¡Bravo! ¡Bravo! —gritaba la Corte y la Princesita reía alegremente.

—Supongo que me están reservando para mejor ocasión —dijo el Cohete—: no cabe duda que es eso —Y miró con aire más altivo que nunca.

Al día siguiente, vinieron los trabajadores a poner todo en orden.

—Debe ser una Comisión que me envían —pensó el Cohete—. Los recibiré con una dignidad de buen tono.

Y echando hacia atrás la cabeza, frunció severamente el ceño como si estuviese pensando en algo muy importante. Pero ellos no lo vieron hasta el momento de irse.

—¡Miren! —gritó uno de ellos—. ¡Miren este mal cohete!

Y lo arrojó al foso por encima del muro.

—¿ *Mal* cohete? ¿*Mal* cohete? —dijo este dando

volteretas en el aire—. ¡Imposible! *Gran* cohete, eso es lo que ha dicho. *Mal y gran* suenan casi lo mismo y, en realidad, a menudo lo son.

Y cayó en el cieno.

—Esto no está muy confortable que digamos —observó—. Pero sin duda es algún balneario de moda adonde me han enviado para restablecerme. Mis nervios están muy quebrantados y necesito descanso.

Entonces una Rana de brillantes ojos esmaltados y pintoresca casaca verde nadó hacia él.

—¡Un recién llegado! —dijo la Rana—. ¡Ya lo creo, como que no hay nada como el fango! Denme a mí un buen tiempo de lluvia y un foso y soy completamente feliz. ¿Cree que lloverá esta tarde? Yo así lo espero. Sin embargo, el cielo está azul y sin nubes. ¡Qué lástima!

—¡Ejem! ¡Ejem! —hizo el Cohete, empezando a toser.

—¡Qué voz tan deliciosa! —exclamó la Rana—. Es casi tan agradable como la nuestra. Claro que croar es la cosa más musical del mundo. Ya oirá nuestros coros esta noche. Nos situamos en la alberca que hay al lado del cortijo y, apenas se levanta la luna, comenzamos. Es tan arrobador, que todo el mundo se despierta para oírnos. Ayer mismo oí a la mujer del cortijero decir a

su madre que no pudo pegar los ojos en toda la noche por nuestra causa. Es muy grato ver que se es tan popular.

–¡Ejem! ¡Ejem! –repitió agriamente el Cohete. Estaba muy molesto de no poder meter baza.

–¡Una voz deliciosa! –continuó la Rana–. Espero que venga a la alberca. Me voy a echar una ojeada a mis hijas; tengo seis hijas preciosas. Bueno, adiós; y encantada de nuestra conversación, se lo aseguro.

–¿Conversación? –dijo el Cohete –. ¡Si ha hablado usted sola todo el tiempo! ¿Eso es conversación?

–Alguien tiene que escuchar –contestó la Rana–, y a mí me gusta llevar la palabra. Se ahorra tiempo, y se evitan discusiones.

–Pero a mí me gustan las discusiones –dijo el Cohete.

–¡Espero que no! –dijo la Rana, complacientemente–; las discusiones son siempre vulgares; todo el mundo en la buena sociedad es de la misma opinión. Adiós otra vez; desde aquí veo a mis hijas.

Y la Rana se alejó nadando.

–Es usted una persona irritante –dijo el Cohete– y sin pizca de educación. Detesto a las gentes que hablan sólo de sí mismas, como usted, cuando uno está

deseando hablar de uno mismo, como yo. Eso es lo que se llama egoísmo; y el egoísmo es una condición odiosa, especialmente para las personas como yo, que soy bien conocido por mi carácter afectuoso. Realmente, debería tomar ejemplo de mí; no podría tener mejor modelo. Ahora que se le ofrece la ocasión debía de aprovecharla, pues muy en breve regresaré a la Corte. Soy estimadísimo en Palacio. Como que el Príncipe y la Princesa se casaron ayer en mi honor. Claro, usted, como provinciana, no entiende de estas cosas.

—Es completamente inútil que le hable—dijo una Libélula que estaba posada en una enea—; completamente inútil; hace rato que se ha ido.

—Bueno, ella es quien se lo pierde, no yo—contestó el Cohete—. Yo no voy a dejar de hablar simplemente porque ella no me preste atención. A mí me gusta oírme. Es uno de mis mayores placeres. A menudo sostengo largas conversaciones conmigo mismo, y tal es mi talento que a veces no entiendo ni una palabra de lo que digo.

—Entonces debería dar conferencias sobre filosofía—dijo la Libélula. Y abriendo sus dos lindas alas de gasa se remontó en el aire.

—¡Qué estúpida!—dijo el Cohete—. Estoy seguro de

que no se le presentan con frecuencia las ocasiones de cultivar su espíritu. De todos modos, me tiene sin cuidado. Un genio como el mío, tarde o temprano es seguro que será apreciado.

Y se hundió un poco más en el cieno.

Al poco tiempo, un gran Pato blanco vino nadando hacia él. Tenía las patas amarillas, los pies palmeados, y era considerado una gran belleza a causa de su anadeo.

—¡Cuac, cuac, cuac! —dijo. —¡Qué forma tan rara la suya! ¿Puedo preguntarle si nació así o son las results de un accidente?

—Bien se ve que ha vivido siempre en el campo —contestó el Cohete—; de otro modo, sabría quién soy yo. Sin embargo, dispenso su ignorancia. Sería absurdo exigir de los demás que valieran tanto como uno. Sin duda le sorprenderá saber que yo puedo volar por el aire y caer en una lluvia de oro...

—Pues no me parece muy extraordinario —dijo el Pato—. No veo de qué pueda servir eso a nadie. Otra cosa sería si arara los campos, como el buey; o tirase de un carro, como el caballo, o guardase un rebaño, como el perro del pastor.

—Buen hombre —exclamó el Cohete, en tono alta-

nero—, veo que pertenece a las clases bajas. Una persona de mi rango es siempre inútil. Tenemos ciertas cualidades exteriores y es más que suficiente. No siento la menor simpatía por ninguna clase de trabajo, y menos por los que parecen tener en tanta estima. Siempre he creído que el trabajo manual el refugio de la gente que no tiene otra cosa que hacer.

—Bien, bien —dijo el Pato que era de carácter pacífico y nunca reñía con nadie—. De gustos no hay nada escrito. De todos modos me alegro de que venga a establecerse aquí.

—¡Oh, de ningún modo! —exclamó el Cohete—. Soy sólo un visitante, un visitante distinguido. Y el caso es que encuentro este lugar más bien aburrido. No hay aquí sociedad, ni soledad. Un verdadero arrabal. Probablemente regresaré a la Corte. Sé que estoy llamado a causar gran sensación en el mundo.

—Yo también pensé una vez en dedicarme a la vida pública —observó el Pato—. ¡Hay tantas cosas que necesitan reforma! No hace mucho presidí una reunión en la que aprobamos una porción de proyectos condenando todo aquello que nos desagradara. Sin embargo, no parecieron surtir gran efecto. Ahora me ocupo del hogar doméstico y velo por mi familia.

—Yo he nacido para la vida pública—dijo el Cohete— y en ella figuran todos mis parientes, hasta el más humilde. Dondequiera que aparezco, llamo extraordinariamente la atención. Esta vez no he figurado en persona; pero, cuando lo hago, es un espectáculo magnífico. La vida de familia lo envejece a uno prematuramente y distrae el espíritu de fines más altos.

—¡Ah, los fines más altos de la vida: qué hermosura!—dijo el Pato—. Esto me recuerda el hambre que siento.

Y bajó nadando por el arroyo, haciendo:

—¡Cuac, cuac, cuac!

—¡Vuelva, vuelva!—gritó el Cohete—. ¡Tengo todavía muchas cosas que decirle!

Pero el Pato no le hizo caso.

—Me alegro de que se haya ido—pensó entonces—. No cabe duda de que tiene un espíritu burgués.

Y hundiéndose un poco más en el cieno, se puso a meditar sobre el aislamiento del genio, cuando de pronto dos niños con blusas blancas bajaron corriendo por el ribazo con una caldera y unos cuantos leños.

—Esa debe ser la diputación—dijo el Cohete. Y procuró tomar un aire muy digno.

—¡Mira!—dijo uno de los muchachos—. ¡Mira ese

viejo palo! ¿Cómo habrá llegado hasta aquí? –y sacó al Cohete del foso.

–¡Viejo palo! –dijo el Cohete–. ¡Imposible! Regio palo, eso es lo que ha dicho. Regio palo es muy halagüeño. Quizás me toma por uno de los dignatarios de la Corte.

–¡Pongámoslo en el fuego! –dijo el otro muchacho–. Nos ayudará a hacer hervir la caldera.

Y haciendo una pila con leños, pusieron encima el Cohete y le prendieron fuego.

–¡Esto es magnífico! –exclamó el Cohete–. Van a dispararme en pleno día para que todo el mundo pueda verme.

–Ahora vamos a dormir –dijeron los chicos–. Y cuando despertemos, ya la caldera habrá hervido –y tumbándose sobre la hierba, cerraron los ojos.

Como el Cohete estaba muy húmedo, tardó bastante en arder. Pero al fin el fuego hizo presa en él.

–¡Voy a partir! –gritó; y se puso muy serio y muy estirado–. Sé que iré más alto que las estrellas, más alto que la luna, más alto que el sol. Iré tan alto que...

–¡Fisss! ¡Fisss! ¡Fisss! –y subió recto en el aire.

–¡Delicioso! –gritó–. Así subiré eternamente. ¡Qué éxito estoy teniendo!

Pero nadie le veía.

Entonces comenzó a sentir una extraña sensación de hormigueo por todo el cuerpo.

—¡Voy a estallar! —gritó—. Prenderé fuego al mundo entero y haré tanto ruido, que durante un año no se hablará de otra cosa.

Y, en efecto, estalló.

—¡Bang! ¡Bang! ¡Bang! —hizo la pólvora.

Pero nadie le oía, ni siquiera los dos chicos, que dormían a pierna suelta.

Entonces, lo único que quedó de él fue la varilla, que cayó encima de un Ganso, que se encontraba paseando por las orillas del foso.

—¡Santo cielo! —exclamó el Ganso—. ¿Es que ahora llueven palos?

Y se arrojó al agua.

—Ya sabía yo que causaría una gran sensación —susurró el Cohete, expirando.

El gigante egoísta

Todas las tardes, cuando salían de la escuela, acostumbraban los niños ir a jugar al jardín del Gigante.

Era un hermoso e inmenso jardín, tapizado de hierba verde y suave. Aquí y allá, entre el césped, crecían flores brillantes como estrellas y había doce alberchigos que durante la primavera florecían en delicadas corolas de rosa y aljófara y en el otoño se cargaban de rico fruto. Los pájaros se posaban en los árboles y cantaban dulcemente que los niños suspendían a menudo sus juegos para escucharlos.

—¡Qué felices somos aquí! —gritaban.

Un día el Gigante volvió. Había ido a visitar a su amigo el Ogro de Cornualles y permanecido con él durante siete años. Al cabo de los siete años había dicho ya todo lo que tenía que decir porque su conversación era limitada y determinó volver a su castillo. Al llegar, vio a los niños jugando en el jardín.

—¿Qué hacen aquí? —vociferó ásperamente. Y los

niños escaparon corriendo.

—Mi jardín es mi jardín —dijo el Gigante—; todo el mundo debe comprenderlo y a nadie permitiré que juegue en él.

Al efecto, levantó una tapia elevadísima y puso un cartelón que decía:

Se prohíbe la entrada
bajo las penas consiguientes.

Era un gigante muy egoísta.

Los pobres niños no tenían ya sitio en que jugar. Trataron de hacerlo en la carretera, pero la carretera era muy polvorienta y sembrada de duros guijarros y no les gustó. Con frecuencia rondaban en torno de la tapia, al salir de clase, y hablaban del hermoso jardín que había detrás.

—¡Qué felices éramos entonces! —se decían unos a otros.

Cuando llegó la primavera, toda la comarca se pobló de pájaros y flores. Sólo en el jardín del Gigante egoísta reinaba aún el invierno. Los pájaros, como no habían niños, no se cuidaban de cantar, y los árboles olvidaron florecer. Una vez, una hermosa flor sacó la

cabeza de entre la hierba; pero, en cuanto vio el cartel, se sintió tan triste a causa de los niños, que volvió a meterse en tierra y se durmió de nuevo. Los únicos que estaban a gusto eran la nieve y la escarcha.

La primavera olvidó este jardín –decían–; así que viviremos en él todo el año.

La nieve cubrió la tierra con su gran manto blanco y la escarcha pintó de plata los árboles. Luego invitaron al viento del norte a que pasara una temporada con ellos. Y el viento del norte vino. Iba envuelto en pieles y estuvo rugiendo todo el día a través del jardín y derribando las chimeneas.

–¡Qué paraje tan delicioso! –dijo–. Tenemos que decir al granizo que nos haga una visita.

Y el granizo vino. Todos los días, por espacio de tres horas, tamborileaba sobre los tejados del castillo, hasta que hubo roto la mayor parte de las pizarras, después de lo cual se ponía a dar vueltas alrededor, corriendo todo lo de prisa que le era posible. Iba vestido de gris y su aliento era como hielo.

–No comprendo por qué la primavera tarda tanto en llegar –decía el Gigante egoísta cuando se asomaba a la ventana y veía su frío jardín blanco–. Espero que el tiempo cambie pronto.

Pero la primavera no vino jamás, ni el verano tampoco. El otoño dio frutos dorados a todos los jardines, pero al jardín del Gigante no le dio ninguno.

—Es demasiado egoísta —decía.

Así, siempre fue allí invierno, y el viento del norte y el granizo y la escarcha y la nieve de continuo danzaban en medio de los árboles.

Una mañana, estaba todavía el Gigante en la cama cuando oyó una música sumamente agradable. Tan dulcemente sonaba a sus oídos, que pensó que era el rey de los músicos que pasaba. En realidad no era más que un jilguerillo que cantaba frente a la ventana; pero hacía tanto tiempo que no oía cantar a un pájaro en su jardín, que le pareció la música más bella del mundo. Entonces el granizo suspendió su danza y el viento del norte dejó de rugir y un delicioso aroma entró por las maderas abiertas.

—Me parece que al fin llegó la primavera —se dijo el Gigante; y saltando de la cama corrió a la ventana.

¿Qué fue lo que vio?

Vio un maravilloso espectáculo. A través de una brecha del muro habían entrado los niños y se habían subido a los árboles. En cada árbol había un niño y los árboles se sentían tan contentos de tenerlos nuevamen-

te entre sí, que se habían cubierto de flores y balanceaban suavemente sus brazos sobre las cabezas infantiles. Los pájaros volaban piando con deleite en torno de ellos y reían. Realmente, era un hermoso espectáculo. Sólo en un rincón reinaba todavía el invierno. Era el más apartado rincón del jardín y un niño se encontraba en él. Era tan pequeño, que no podía llegar a las ramas del árbol, y daba vueltas en torno, llorando amargamente. El pobre árbol estaba aún completamente cubierto de escarcha y nieve, y el viento del norte soplaba y rugía sobre él.

—¡Sube, chiquitín! —decía el árbol y bajaba sus ramas todo lo que le era posible; pero el niño era demasiado pequeño.

Y el Gigante sintió derretírsele el corazón mientras miraba.

—¡Cuán egoísta he sido! —exclamó—. Ahora sé por qué la primavera no quería venir aquí. Yo subiré a ese pobre chiquitín al árbol y después derribaré el muro y mi jardín será para siempre el lugar de recreo de los niños.

Y realmente estaba muy arrepentido de lo que había hecho.

Bajó, pues, la escalera, abrió sigilosamente la puer-

ta y entró en el jardín. Pero cuando los niños lo vieron, se asustaron de tal modo que echaron a correr y el jardín quedó de nuevo a merced del invierno. Sólo el pequeñín no huyó, pues sus ojos estaban tan llenos de lágrimas que no vio venir al Gigante. Y el Gigante llegó hasta él, y cogiéndole dulcemente entre sus manos lo subió al árbol. Y el árbol floreció de repente, y los pájaros vinieron a cantar en él, y el pequeñín echó los brazos al cuello del Gigante y lo besó. Y los demás niños, cuando vieron que el Gigante ya no era malo, volvieron corriendo y con ellos volvió la primavera.

—El jardín es suyo desde ahora, hijos míos —dijo el Gigante, y empuñando una gran hacha derribó el muro. Y al mediodía, cuando la gente se dirigía al mercado, encontraba al Gigante jugando con los niños en el más hermoso jardín que habían visto nunca.

Todo el día estuvieron jugando, y al anochecer vinieron a decir adiós al Gigante.

—Pero, ¿dónde está vuestro compañerito —preguntó éste—, el niño que subí al árbol?

El Gigante lo quería más que a los otros porque lo había besado.

—No sabemos —contestaron los niños—; se ha ido.

—Díganle que venga mañana —dijo el Gigante.

Pero los niños dijeron que no sabían dónde vivía y que nunca lo habían visto antes, y el Gigante quedó muy triste.

Todas las tardes, al salir de la escuela, los niños venían a jugar con el Gigante. Pero al pequeñín que el Gigante prefería no se le volvió a ver. El Gigante era muy bueno con todos los niños pero echaba de menos a su primer amiguito y a menudo hablaba de él.

—¡Cuánto me gustaría verle! —repetía.

Pasaron los años y el Gigante envejeció y sus fuerzas flaquearon. Ya no podía jugar; sentado en un enorme sillón, miraba jugar a los niños y admiraba su jardín.

—Tengo muchas flores hermosas —decía—; pero los niños son las flores más hermosas de todas.

Una mañana de invierno miró por la ventana mientras se vestía. Ya no odiaba el invierno pues sabía que era simplemente la primavera dormida y que las flores estaban descansando. De pronto se restregó los ojos, maravillado, y miró y miró...

Ciertamente que era maravilloso lo que veía. En el rincón más apartado del jardín había un árbol totalmente cubierto de flores blancas. Sus ramas eran todas doradas y frutos de plata pendían de ellas y debajo estaba en pie el chiquitín a quien tanto había querido.

Lleno de alegría, bajó corriendo el Gigante las escaleras y entró en el jardín. Y, cuando llegó junto al niño, su rostro enrojeció de cólera, y dijo:

—¿Quién se ha atrevido a herirte?

Porque en la palma de las manos del niño había las huellas de dos clavos y las huellas de dos clavos había en sus piecitos.

—¿Quién se ha atrevido a herirte? —gritó el Gigante—; dímelo, para coger mi espada y darle muerte.

—¡No! —respondió el niño—; estas son las heridas del amor.

—¿Quién eres tú? —dijo el Gigante, y un extraño temor se apoderó de él y cayó de rodillas ante el pequeñín.

Y el niño sonrió al Gigante, y le dijo:

—Tú me dejaste una vez jugar en tu jardín; hoy jugarás conmigo en mi jardín, que es el Paraíso.

Y cuando los niños llegaron aquella tarde, encontraron muerto al Gigante, debajo del árbol, todo cubierto de flores blancas.

CUENTOS PARA SIEMPRE
FUE EDITADO POR EL
INSTITUTO DISTRITAL
DE CULTURA Y TURISMO
PARA SU BIBLIOTECA



libro al viento

BAJO EL NÚMERO TRES
Y SE IMPRIMIÓ EL MES
DE JUNIO DEL AÑO 2004
EN BOGOTÁ